

REALIDAD Y BELLEZA

Si me preguntan cuáles son los mejores directores de cine siempre pienso en Buster Keston y Jaques Tatí; naturalmente, entran algunos más, pero no muchos. Estos directores hacen cine sin pretender nada más que hacer cine, son la esencia del cine; no tienen "mensaje", ni aspiran a educar, ni a transmitir aquellas cualidades que, según la opinión de los entendidos, conceden categoría a la obra. Hacen cine que empieza y acaba en sí mismo. Son como Bach en la música o Velázquez en la pintura, su oficio ya es una obra maestra que, como tal, muestra la pureza de la acción. La música es ruido ordenado, como la pintura es colores ordenados y conseguir el orden y conocer el motivo ya es tan excepcional que sobra todo aquello que pretendamos añadir. Beethoven, con sus manifestaciones emocionales es un ejemplo de ruido que intenta en vano trascender a su música. (Aunque tengo la impresión de que en sus últimos cuartetos, a pesar de su sordera, parece haber descubierto el disfrute del ruido por el ruido.) Mir o Sorolla disfrutaban del color hasta el punto que llega a ser el gran protagonista de su trabajo, no aspiran a nada más, porque el color y su orden es una actividad tan compleja que pretender supeditarla a cualquier otro cometido sería menospreciarla.

El escultor Ricard Sala (1927-2009) decía que la escultura griega inició su decadencia cuando abandonó la escultura del individuo y la substituyó por la escultura del grupo. La figura posee toda la grandeza, no sólo la de la escultura, sino, también, la grandeza del individuo y cuando la obra pretende otros fines empaña su magnitud.

La relación entre artista y comprador, en el fondo, es la comunión entre la obra y el cliente. Uno se debe al otro: el más exigente, el más digno aspira al mejor producto. Siempre he creído que Velázquez y Felipe IV se merecían mutuamente. Únicamente hay que comparar la suprema elegancia de los retratos de Felipe IV de Velázquez con la chabacanería del retrato de Louis XIV por H. Rigaud o el de Louis XVI por Callet.

La decadencia se inicia cuando el retratado no tiene categoría y se adorna con aderezos que, pretendidamente, le otorgan el nivel del que carece; el artista, a su vez, desciende de nivel por complacer a su cliente y finalmente, acaba en manos del gusto del vulgo. En consecuencia, el artista se ve abocado a proporcionar un producto empobrecido que, supuestamente, facilita la comprensión de su trabajo, pero que degrada su nivel personal.

Beethoven exige la participación del público, necesita un oyente que entienda su obra y participe de su discurso. Pero todo es un engaño, un acuerdo entre el compositor y el público; un discurso que no es capaz de comunicar "Pepita te espero a las siete en el café de la esquina" es un fracaso; y ya no hablemos cuando se pretende que exprese ideas más complejas como el amor, la heroicidad, el

sufrimiento, etc. porque la única fuente de información entre los seres inteligentes son las ideas, no los sentimientos. Todo se basa en una confabulación: un estruendo intenta expresar algo heroico, dramático o tenebroso; un tono melodioso nos lleva al sentimiento dulce, el tema rápido nos conduce a la urgencia, y así, simuladamente, van adquiriendo significado los ruidos de la música. Ver a G. Solti dirigiendo un ensayo del Funeral de Sigfrido puede significar cualquier cosa, sólo hay que cambiarle el título. En esencia, ni la pintura ni la música necesitan un tema, ellas mismas son el tema; su complejidad, su comunión con la realidad, su soberanía, su independencia en el tiempo las designa como obras específicas, definidas, concretas y al margen de esos factores que, supuestamente, decoran su ente.

Naturalmente que podemos disfrutar de composiciones muy hermosas, muy emocionantes, pero exigen un acuerdo tácito entre el creador y el receptor, una educación de años que, no sólo es específica para cada materia, sino que exige una educación global. Esta educación es incierta y, como hemos dicho, reclama un ambiguo acuerdo en el que determinada sucesión de notas adquieren un significado que incluso podemos identificarlas con los sonidos emitidos por los animales o la naturaleza en momentos determinados.

Esta educación que se ha transmitido de generación en generación ha sufrido un deterioro y se ha creado un oscuro valle, un agujero negro entre la educación de las generaciones anteriores y la de la juventud actual. Cuando hablo de Bach o de Rubens con alguna de mis modelos no saben quiénes son; quizás podemos creer que no sea importante conocer a estos autores, pero pienso, no únicamente en las emociones que se ignoran, sino en la falta de referencias, en el vacío intelectual como consecuencia de desestimar la complejidad de la mente humana, porque no es únicamente la obra de estos autores, es la interrelación de potencias del ser humano como organismo complejo capaz de generar obras de gran profundidad en todos los ámbitos del conocimiento, puesto que históricamente todos ellos están indisolublemente entrelazados.

No recuerdo dónde, leí que el mal triunfa, porque los que conocen el bien se callan. También podemos pensar que los que conocen el bien están hartos de hablar, de ser ignorados y finalmente acaban por enviar a paseo a los sordos ignorantes. No hay posibilidad - no la ha habido nunca- de que la realidad sea aceptada por los necios que, por si fuera poco, son muy numerosos. Los que defienden la realidad la consideran por encima de cualquier otra alternativa y aceptan su existencia y, cuando la advierten, saben que una cosa es la realidad y otra la verdad. La verdad es la opinión del momento, es una creencia y como toda creencia tiene un soporte religioso ¡ay del que no cree en la verdad! La tierra ha sido plana; ha sido el centro del Universo; Dios existe y es un ser omnipotente; la democracia es la perfecta forma de vivir y tantas y tantas verdades que han acabado o acabarán en la hoguera de la estupidez.

La condición de amor a la verdad facilita la posición del charlatán por encima de aquel que defiende la realidad, ya que este último acostumbra a hablar poco. Esta situación abre la puerta al lenguaraz y le ayuda a divulgar opiniones oscuras y dar entrada a creencias infundadas.

Jim Flint, curioso personaje de una novela de Louis L'Amour¹ advierte al protagonista: "Te encontrarás con gente que querrán apartarte de tu camino, unos por incompetencia y otros por maldad" He conocido este tipo de gente y he acabado averiguando que la incompetencia y la maldad casi siempre van unidas. Estos sujetos engañan y aparentan saber de qué hablan, hasta que descubres que son tristes vendedores de ignorancia; son un producto de su ambición y su hacer no es el fruto de su reflexión, porque no la usan, sino de su impotencia. No es posible entablar diálogo con estos obtusos individuos, porque su intelecto ha sido ofuscado por el folklore social. Desgraciadamente, abundan y se esmeran, luchan, compiten, pero no por mejorar, porque no son capaces de apreciar aquello que está bien, sino que compiten por destruir al que suponen su oponente. No se valen de su conocimiento, sino del descrédito del que consideran su antagonista, cuando éste ni siquiera ha reparado en ellos. Lamentablemente, crean una opinión social que tiene visos religiosos y aquellos que no participan de su credo son considerados decadentes, anacrónicos o, incluso, son acusados de malevolencia.

Me indigna la opinión del presunto experto que se atreve a publicar su veredicto sobre actividades que desconoce. Incapaz de elaborar un dictamen mínimamente competente del oficio, acude a opinar sobre los profesionales aun cuando ignora el concepto que sustenta su actividad. En su desconocimiento, asigna a la obra de arte cualidades que considera que ennoblecen, no únicamente a la obra, sino que atribuye al autor conductas que imagina refinadas alabando en su ignorancia el desenfreno, la inmoralidad o el desequilibrio mental. Las artes son patrimonio de la excelencia y no surgen de los desatinos de un demente.

Peter Brook decía en una entrevista² que " hay que lanzarse a todos los excesos para ver a través de ellos todo lo que hay que dejar de lado; si no es puritanismo, y eso va en contra de la vida".

Alcanzar la excelencia a partir de condiciones excepcionales puede ser un camino muy largo; pretender alcanzarla desde el pozo de inmundicia al que conduce el desenfreno es inadmisibile; es propio de una mente carente de facultades específicas que pervierte el oficio en razón de ambiciones espurias y de la incapacidad de distinguir la perfección.

¹ L'Amour L. (1908 -1988) Un Lobo solitario, 1962, Ediciones Toray, S.A. Barcelona

² Justo Barranco, La vanguardia, 01/07/2021, Barcelona.

En ocasiones, nos llega la voz del "sabio" que predica extraños credos que, pretendidamente, nos llevarán a la comprensión del Universo. En la entrevista antes citada Brook dice: "La perfección no existe, es una idea idiota, alguien que cree en eso puede ser un fascista o un criminal" Brook es incapaz de advertir por sí mismo cuando algo está bien. Su postura es la misma que la del "sabio" que nos advierte de nuestras limitaciones: cree que la perfección es algo ajeno, algo que tiene existencia fuera del individuo y a la que hay que acceder mediante absurdos recursos; harto de su fracasada búsqueda acaba renegando de ella, porque no la puede obtener. Creo que confunde la perfección con la belleza y aconseja refocilarse en la fealdad, en la brutalidad o en la maldad para, de esta forma, advertirla por contraste.

La belleza es local, es temporal y hoy es bello lo que mañana es ridículo. La perfección es absoluta, porque es la realidad. La pintura de Velázquez, Zorn o Sorolla es perfecta, porque la idea que sustenta la acción es la correcta. Estos pintores no buscan la belleza -pensemos en los bufones de Velázquez o en los niños paráliticos del cuadro "Triste Herencia" (1899) de Sorolla- sino que asumen la representación a través del concepto surgido de la aceptación de la realidad, y el placer que obtienen de su acción es la muestra de su acierto.

Los predicadores como Brook generan una estado de opinión nefasto y arrastran a sus discípulos a seguir sus exhortaciones. Detrás de estos consejos existe la ambición de demostrar su poder. (Él mismo reconoce la insana causa de su dedicación al teatro cuando recuerda que su padre le dijo "Chico nunca serás actor")

Cuando alguien aspira a ser es que no lo es; el que lo es no quiere demostrar nada. Los individuos que son no se preocupan por los demás, se preocupan por lo que hacen.

Alberto Carroggio es pintor